

JULIO CASTEDO

A movie poster with a red background. At the top, the name 'JULIO CASTEDO' is written in white. The central image is a collage of scenes from the film, showing a man with long hair and a woman in the foreground, and a man in a suit with a swastika on his lapel in the background. The title 'EL JUGADOR DE AJEDREZ' is written in large white letters across the bottom. At the bottom center, it says 'La novela llevada al cine'. In the bottom right corner, there is a logo for 'booket' with a small icon of a book.

EL JUGADOR DE AJEDREZ

La novela llevada al cine

booket

## Índice

Portada
Biografía
Dedicatoria
Cita
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV

Capítulo XXV  
Capítulo XXVI  
Capítulo XXVII  
Capítulo XXVIII  
Capítulo XXIX  
Capítulo XXX  
Capítulo XXXI  
Capítulo XXXII  
Capítulo XXXIII  
Capítulo XXXIV  
Capítulo XXXV  
Capítulo XXXVI  
Capítulo XXXVII  
Capítulo XXXVIII  
Capítulo XXXIX  
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

## Biografía

Julio Castedo Valls (Madrid, 1964) es licenciado en Medicina y especialista en Neurorradiología. Compagina su trabajo con la literatura. Hasta la fecha ha publicado dos ensayos, *Las cien mejores películas del siglo xx* y *Buen uso del lenguaje en los textos científicos y los informes clínicos*; una colección de relatos, *La máscara de mi piel*, y otra de piezas de teatro breve, *Terencio*. Es también autor de las novelas *Apología de Venus*, *El fotógrafo de cadáveres* y *Redención*, que han obtenido el reconocimiento de la crítica. Su primera novela fue *El jugador de ajedrez* (reeditada por Booket en 2017), cuya adaptación cinematográfica llega a los cines en 2017. Además del responsable del guion, Julio Castedo ha sido uno de los productores de la película junto con Gerardo Herrero y Juan Antonio Casado.

*A mis padres y a mi hermana*

Y en uno de esos trozos transparentes del muro de piedra yo había visto a esta muchacha y había creído ingenuamente que venía por otro túnel paralelo al mío, cuando en realidad pertenecía al ancho mundo, al mundo sin límites de los que no viven en túneles.

*El túnel,*  
ERNESTO SABATO

## I

Hay que conocer primero el pasado de los hombres para ser capaz de enajenarlo. Hay que haberse sumergido sin prejuicios en las simas del pensamiento de los hombres para ser capaz de no desaprovechar el esfuerzo de dar forma y palabra a sus vivencias más recónditas. Hay que haber visto y oído con los sentidos despiertos y con la mente despierta cómo se consume la trampa de la intolerancia para ser capaz de gritarle al viento o contra el viento que pudiste ver y escuchar y aprender a callar hasta que los nefastos días de la expiación se cumplieron. Hija mía, te escribo con el ansia por recuperarte sin saber si mi narración te resultará agotadora o asfixiante o mezquina, sin saber si mi memoria estará ya lo suficientemente apaciguada o lo suficientemente enaltecida como para no disfrazar con inútiles apariencias mis intenciones. Nadie puede crear un personaje más inteligente que él mismo, y por lo tanto, cuanto te diga no será más que una pálida reducción de mi verdadero afecto por ti. Tengo miedo a fracasar (desde siempre), pero tengo aún más miedo a que pasen otros cuatro años sin verte. La última vez que estuvimos juntos, hace apenas dos días, tú creíste reconocerme; sin aquel gesto tuyo, todas mis esperanzas se habrían perdido y no estaría ahora escribiendo esta carta.

—¿Sabes? —me dijiste—, creo que me acuerdo un poco de ti.

Qué débil es la memoria de los niños. Cuatro años sin vernos y no has terminado de reconocerme. Me has mirado, me has escrutado el rostro como si mis rasgos fueran



sólo unas líneas familiares en medio de un paisaje y me has dicho que te acuerdas un poco de mí. Hija mía, yo no he dejado de pensar en ti ni una sola hora durante estos cuatro largos años. Tu recuerdo y el de tu madre me han mantenido vivo.

Es posible que me equivoque dirigiéndome a ti como si fueras un adulto, pero nunca me ha gustado tratar a los niños como si sólo comprendiesen lo simple, y menos que a ningún niño, a ti. Tal vez encuentres ahora algunos párrafos difíciles de entender; no te preocupes y sigue leyendo: con el inevitable paso del tiempo se irán llenando las lagunas, y más pronto que tarde la historia formará parte de tu propia vida. Hoy sólo tienes siete años, casi ocho, pero eso no durará. La infancia, que para ti es ahora concreta y eterna, pues vives en ella desde siempre, es en realidad breve, huidiza y confusa. Volverás sobre estas mismas palabras con quince y con veinte años, verás en ellas nítidos indicios que habías pasado por alto y les darás con cada lectura un sentido más completo.

Habrà quien te diga que no leas este relato, quien te aconseje que no te adentres en el universo infausto de las obsesiones y vivencias de tu padre, quien te asegure que para ti sería mejor no conocer los detalles de tu propio pasado, en especial los más dolorosos, pero tendrás que ser tú quien decida, no permitas nunca que te arrebaten ese privilegio; estas páginas, que serán esclavas de mi torpe elocuencia, sólo quieren llenar el incomprensible vacío que nos separa, sólo quieren servir de unión entre nosotros y sustituir dentro de ti, para siempre, a la mentira. Ten por seguro que si yo hubiera vislumbrado la magnitud de la tragedia, si todos esos pretendidos mecanismos de la intuición hubiesen sido más tangibles y me hubiesen permitido reaccionar un poco antes, tú no estarías ahora lejos de mí y yo no sería un vago reducto en tu memoria, ni tendría la laboriosa obligación de despertar tu conciencia. Pero ese tipo de reflexiones, las que conducen al convencimiento furtivo de que con otras actitudes más decididas el presente podría haber sido distinto, sólo me hacen sentir más dolor

y me condenan a añadir los remordimientos al cúmulo de mis angustias, y no quiero ser para ti triste ni melancólico; sólo pretendo que sepas cuáles son los sentimientos de tu padre, hasta qué punto tu madre y tú sois importantes para mí, que reconozcas detrás de mis palabras a alguien digno de cariño, digno de compartir tu tiempo, alguien que ha sido objeto de una burla brutal, injusta y abominable.

La historia que quiero contarte no es otra que la historia de nuestra familia, desde el día que conocí a tu madre hasta hoy. Desde una recepción en un hotel de Madrid a finales de 1934 hasta el jardín de la hermosa casa de Burdeos en la que vives ahora.

En aquel año, hablo de 1934, tuve la suerte, creo que también el mérito, de ganar el campeonato de España de ajedrez. Mi contrincante fue David Moreno; un hombre técnico y estudioso que había ganado el campeonato nacional en las tres convocatorias anteriores con una evidente superioridad. Moreno era diez años mayor que yo, vestía trajes a medida y lo observaba todo con cierta extrañeza desde detrás de sus gafas con montura de oro; parecía haberlo conseguido todo en la vida y en el ajedrez, y su mera presencia me imponía respeto. Tal vez pensó que un joven desconocido como yo no podría ganarle, y por eso no se sentó frente al tablero con la concentración necesaria, o quizá, como sucede en tantas ocasiones, su tiempo, sencillamente, ya se había terminado.

Me entregaron el trofeo en el hotel Palace, durante una ostentosa fiesta de sociedad en la que se mezclaron algunos políticos y periodistas con los auténticos aficionados. El treinta y cuatro fue un año difícil en España, y debido a la revuelta de los mineros de Asturias, muchos periódicos europeos habían dirigido su atención hacia nosotros: durante la insurrección habían muerto más de mil cuatrocientas personas, en medio del silencio cómplice de unos y la dejación de responsabilidades de otros; mientras tanto, en Cataluña, los nacionalistas de la izquierda republicana habían declara-

do un Estado independiente que fue suspendido de inmediato por las autoridades. Algunos de aquellos periodistas extranjeros, saturados de tanta crónica de muerte y violencia, acudieron a la recepción en el Palace. Fue entonces cuando vi a tu madre por primera vez.

—¿Señor Padilla? —escuché a mi espalda—. ¿Es usted Diego Padilla?

Me di la vuelta y vi a Marianne (déjame que a partir de ahora la llame por su nombre), me di la vuelta y tuve la sensación de que estaba ante la criatura más delicada y más hermosa de la creación. Yo había ganado un trofeo importante, todavía estaba aturdido por las adulaciones y no me extrañó que una periodista supiese mi nombre, pero el hecho de oírlo de sus labios me hizo sentirme un privilegiado.

—Sí, yo soy Diego Padilla.

—Encantada. Me llamo Marianne Latour, soy reportera del diario *La Dépêche* de París. ¿Puedo hacerle una entrevista?

—¿Usted piensa que a sus lectores franceses les va a interesar mi persona?

—Yo soy francesa y sí me interesa... En cualquier caso el editor del periódico decidirá después si quiere o no publicarla.

Nunca me han gustado las entrevistas; definiendo que la intimidad y las opiniones personales deben reservarse para los más allegados, que fuera de un pequeño círculo sostenido por verdaderos vínculos afectivos, donde quien escucha lo hace con un interés sincero, toda declaración pública es efímera y está destinada a cultivar el narcisismo de quien habla. Sin embargo, siempre me ha sido difícil negarle algo a Marianne, porque he sido siempre muy débil ante su belleza. Nos sentamos en uno de los divanes de la sala y estuvimos hablando durante algo menos de una hora. Al principio, ella copiaba con aplicación en una pequeña libreta mis respuestas, pero en seguida se le agotaron las preguntas técnicas.

—Verá, Diego —me dijo mientras guardaba la libreta en el bolso— yo no sé nada de ajedrez. Estudié letras en La

Sorbona, donde se organizaban con frecuencia campeonatos que me hicieron sentir curiosidad, pero una curiosidad intelectual: me sorprende que personas muy inteligentes se dediquen tan intensamente a un juego. ¿Nunca ha pensado que dilapida usted su talento?

—No me sobrestime. Ser un buen jugador de ajedrez no implica necesariamente tener una inteligencia superior.

—Quizá haya alguna persona mediocre que con mucha dedicación consiga jugar bien al ajedrez, pero he oído que ustedes, los profesionales, son capaces de jugar toda una partida de memoria, sin tocar las piezas, incluso varias partidas simultáneas, y perdóneme, eso no está al alcance de un mediocre.

—En ese caso entiendo su comentario como un halago.

—Dígame otra cosa: ¿Disfruta humillando a los contrarios? Dicen los especialistas que su forma de jugar es muy agresiva, sin embargo, hablando parece usted más bien tímido y bastante modesto.

—No disfruto con la humillación, pero no me gusta perder. Y no niego que haya placer en la victoria, sobre todo cuando es consecuencia de un planteamiento audaz. Las partidas rutinarias me aburren.

—¿Y la vida rutinaria?

Marianne estaba intentando seducirme. Entonces no sabía con qué intención. Era una mujer a la que en cualquier otro ambiente yo habría considerado inaccesible, pero aquel día, sentado en aquel diván barroco, comprendí que puede más el capricho de una mujer hermosa que varios años de concienzudos esfuerzos de un hombre.

—No. La vida rutinaria no me aburre. Al contrario, me incomoda salir de mi propia rutina. Los jugadores de ajedrez solemos ser personas metódicas, casi obsesivas.

Contesté aquello a sabiendas de que no le iba a gustar, pero me sentí con fuerzas para desafiarla.

—En eso no somos iguales —me dijo, queriendo subrayar la diferencia—, yo prefiero la sorpresa por lo desconocido, el cambio, las novedades... ¿no será usted un conservador?

—¿Se refiere a mi pensamiento político?

—Sí, en efecto, a su pensamiento político, tendrá alguna opinión acerca de lo que está pasando en su país, ¿no?

—Estoy muy preocupado por mi país, más que nunca, pero no soy político, ni me interesan los políticos.

—A mí sí me interesa la política —replicó— y mi trabajo en el periódico me obliga a tener opinión en todos los conflictos y a explicar esa opinión a mis lectores. Las clases dirigentes, las oligarquías, se aprovechan de los que piensan como usted; son ciudadanos sumisos, fáciles de llevar, que no cuestionan las leyes que ellos aprueban, ni sus decisiones sociales o económicas. Ustedes, los dóciles y los apolíticos, son los instrumentos de los que se valen los más conservadores para perpetuarse en el poder.

—Le va a ser complicado despertar en mí una conciencia política —ironicé—, el ajedrez y la lectura llenan casi toda mi vida.

—Pero a mí me gustan los retos —afirmó Marianne sonriendo.

He reflexionado mucho sobre aquella entrevista, me refiero a estos últimos días, sobre lo que tu madre y yo nos dijimos entre líneas, pero creo que habría actuado igual si entonces la hubiese comprendido mejor. Ahora sé que ella estaba aburrída y que me vio como el protagonista de la recepción. Una persona con la seguridad en sus posibilidades de tu madre y con su inmensa capacidad de seducción no podía dejar pasar semejante desafío. Y créeme que no lo hizo. Durante aquella hora tan breve jugó conmigo con sus gestos, con sus miradas, con su suave acento francés, y lo hizo de tal forma que cuando se levantó y me dio las gracias sonriendo por la entrevista, yo ya estaba enamorado de ella.

—¿Nos veremos otro día? —me dijo antes de irse.

—Claro, cuando usted quiera...

Aquella velada atendí a varios periodistas, que me estuvieron preguntando una y otra vez las mismas obviedades durante toda la noche. Cuando al fin debí de colmar el número de palabras que les exigían sus contratos, ya era tar-

de para buscar a Marianne. Si ella estaba actuando al servicio de alguna estrategia, y si esa estrategia tenía como fin generar en mí una obsesión enfermiza, su triunfo había sido completo.

## II

Decidí descansar el día siguiente en mi casa, yo tenía treinta y dos años pero aún vivía con tu abuela Carmen y con tu tío Miguel, mi hermano pequeño; los dos estábamos solteros y la casa era amplia y confortable. Reconozco cierta inmadurez por mi parte en ese sentido; condicionado por el hecho de que mi madre fuese una mujer viuda, por cumplir con una supuesta obligación moral que ella no me había exigido, nunca pensé en vivir solo, en iniciar una vida independiente ajena a cualquier tipo de compromiso familiar. Nunca hasta que conocí a Marianne.

Ese día no pude dejar de pensar en ella; lo pasé tumbado sobre la cama diseñando cada uno de los escenarios posibles: forzar un encuentro casual en la calle, hacerle una visita inesperada en las oficinas de su periódico, incluso enviarle una carta de amor que despertase dentro de ella el deseo de volver a verme; pero no fui capaz de avanzar en ninguna dirección. Una vez más me atenazaba el miedo al fracaso: ante la posibilidad de cualquier iniciativa, me hacía dudar el hecho de que lejos de la recepción en el hotel Palace yo no era más que un hombre gris enamorado de una mujer hermosa a la que le sobrarían los pretendientes. ¿Qué le podía decir cuando la tuviese delante? ¿Qué torpes elogios a su belleza que no hubiesen sido dichos ya cien veces por otros? ¿Le hablaría de sus ojos, de su piel, de su pelo? Yo no era un conquistador, pero había conocido a las suficientes mujeres como para saber que es un error adular la belleza cuando ésta es muy evidente; que sería más práctico elogiar su inteligencia, o su clase, o su